ESPAÑOL: ¿Fácil o difícil?

Aureliano Calvo Hernández[43]

Frederico Westphalen: un día cualquiera, por acaso el 12 del mes de marzo, mes que se me hace casi interminable pues dejé mi reloj descansando. Y como guardó muchas horas quietas - parecían vacías - ahora tengo que darles tiempo para que pasen, y procuro llenarlas.

Hasta aquí todo sin novedad, si no fuese las doce horas y pico con minutos casi impasables; kilómetros llenos de curvas que parecen morderse, de tan próximas; horas con paradas no agendadas en mi bilete y que se hacen irremediablemente fecundas, pues mi imaginación se pregunta: ¿Qué me espera en la URI?

(¿Será que mis alumnos piensam lo mismo?)

Diecinueve horas.

[43]Mestre em Teoria Literária. Professor de Língua e Literatura Espanhola e Hispano-Americana na PUCRS e na URI, Frederico Westphalen.

Atravieso el cascajo del recogido patio. Sala 02: Veintiséis ojos escudriñando las mismas inquisidoras preguntas, es-pectativas, deseos, sueños, algunos - por lo menos - fruto de muchísimos momentos de reflexión.

¿Cómo hacer fácil lo que parece tan difícil?

El desafío es hoy: 12 de marzo de 1999.

Revistas viejas llenas de mundos silenciosos, cuchilla, papel, cola, periódicos ya casi en la basura, tijeras, más cola... mucha imaginación, muchas ideas acariciadas con sabor a clases aburridas y que quiero que así no sean. El resultado es este menú que, creo, quedó apetitoso, exquisito.

Corro lentamente la barullenta cremallera de mi negra mochila (¿o maleta?) que deja saltar de alegría a nuestras estrellas de la noche. Apágase una luz, enciéndese otra mucho más intensa, concentrada, llevándonos de la mano al telón: "nuestra fábrica de sueños". Nuestra, digo, pues todo fue montado a dos, aunque alguien de esta dupla estuviese físicamente ausente pero ya muy presente en el espejo del profesor: el alumno.

Nuestra porque enseñar es aprender, estimularse, sensibilizarse, entrar en sintonía con los que conmigo van a repetir las mismas huellas del camino. Y si enseñar es aprender, aprender también es enseñar, desvelar, descubrir el propio mundo en cada curva de la carretera.

(Pero volvamos a nuestro telón, sala 02).



Miro de reojo el reloj y veo que corre alocado. Contra el telón, imágenes: pequeñas, se-micoloridas, secuen-ciales, inesperadas,

doloridas, llorosas, casi desapareciendo. Y empieza la lectura de aquel mundo:

"América - india - miseria - desilusión - sufrimiento -descriminación (¿...?) o discriminación" (El alumno me mira,



agarra el diccionario y libera alegremente un: "discriminación", profesor, para alivio general).

Las palabras se visten de sonido, de forma, de tamaño, de suelo; salen lágrimas amargas de pobreza o de soledad, o, tal vez, de impotencia. La epidermis empieza a gritar por justicia.Voy anotando en el pizarrón todo lo que el oído, la lengua, la imaginación - mía y de los alumnos - van gritando entre angustia y rabia. Imágenes llenas de luz: estallando.



(Ah... la clase es la primera del año sobre literatura: ¿que és y como nace un texto?)

Sobre el mismo telón cambia la imagen. En ésta, ahora, todo me habla de tierra, campo, agua, canoa, lago, (¿o es rio?), caballo y hombre (bebiendo del mismo rio (¿o lago?).



"Solidaridad", pienso; otro grita: "invasión", y un tercero "trabajo". En la secuencia, tierra agrietada, rota, resquebrajada, como la corteza añeja de un árbol adusto. Y saltan los disparadores del profesor: quién... dónde... qué... cómo... cuándo ... poiqué todo esto?



Los silencios de los alumnos se hacen casi tan solemnes como los ecos que retumban en el interior del profesor. Y lo más difícil es oír el barullo de estos silencios... y esperar. Sí, esperar. Porque educar es saber esperar. Educar es algo muy solemne. Es respetar el silencio, el momento, el ritmo de cada alumno. Es, en imagen de esquina, ser "pipoqueiro" apostando en que **todos los granos** (alumnos) van a reventar, ya de antemano sabiendo que **ni todos** lo harán. Mas, **aun así...,** seguir apostando, colocar aceite, sal o azúcar, fuego lento, más fuerte, equilibrado, constante. Hasta que UNO-A-UNO, a su momento y con su propio ruido empiecen a dejar de ser granos para llegar a ser "pipoca". Y seguir apostando, en silencio, en aquellos que TODAVÍA son granos.

Después de escucharnos mutuamente, unos queriendo hablar y otro (yo) queriendo oír, apago la luz y me voy nuevamente al pizarrón. Falta tiempo, espacio, velocidad, calma para anotar todos los borbotones de palabras que salen empujándose, como los niños en la fila.

(Y empieza a aparecer el texto escrito).

Palabras unidas por... "entonces... y... pues... sin embargo... después... al... sin... mas...". Palabras que, fuera de aquel momento, no eran sino categorías gramaticales, vacías de significado, capítulos arrancados a nuestros aburrimientos de años. Ahora quedan llenas de tiempo (hoy), de continente (América), de dolor (lágrimas), de miseria (sin tierra), de mundo (sin patria), es lo que me dice la (?) del texto. Son ahora agua (sequía), olores agrestes (campo), endurecidos más tarde por la polución del concreto (ciudad). Son también abundancia y carencia, simbolizadas en la canoa que ayer trajo el pez hasta la mesa y que tal vez mañana tenga que quedar anclada por falta de agua. Hoy la tierra son grietas, "venas abiertas de América"

(Galeano), como los rostros, manos, frentes y pies rajados de los campesinos que, hasta ayer, la trabajaron ayudados por el agua.

(Aquí... un largo silencio y muchos ecos rotos por el recreo).

Así avanza nuestra primera clase (ahora ya después del recreo). La clase se llena de preguntas, de palabras que se visten de ideas y que nos llevan a escribir, a decir, a comunicar al otro - socialización - todo lo que en la lectura (cada uno dentro de su microuniverso) apareció de nuevo, de diferente, de dinámico, de contradictorio: porque el texto es sobre todo eso, contradicción. Campos que se mezclan, como um buen tejido (textum) lo exige. Elementos próximos, lejanos otros y, no raro, opuestos y ocultos los más. Elementos que me alegran, me invaden, me motivan, me cautivan o, al contrario, me irritan, me inquietan, me hacen gritar, me angustian.

(Apago la luz y de nuevo se enciende el telón. No es novedad pero viene algo diferente).

Música para una vaca



¿Será que leí bien? Sí, música para una vaca. Nunca se me hubiera ocurrido, pero así lo dice el título. Y... "música clásica". ¡Para una vaca! (repito bajito).

Música para una vaca*



Un dia, el célebre músico Gong Migyi tocó música clásica ante una vaca; ésta continuó pastando como si nada. "No es que ella no la oiga, es mi música que no le interesa" - se dijo el músico. Se puso entonces a imitar en su quin el zumbido de las moscas y el mugido de los terneri-tos. Al instante la vaca levantó la oreja, y, balanzando su cola, se acercó al

músico para escuchar hasta el final la música que, esta vez, tenía un significado para ella.

Mou Zi

* QUINTERO, Nucha. A la hora de leer y escribir... textos. Argentina: Aique, 1995.

Y sin querer me sorprendo pensando en "raza - alimentación - leche - producción - dinero - hacienda - dueño..." En fin tengo que agarrar, amarrar mi fecunda fantasía para poder seguir leyendo el texto que va respondiendo a algunas de mis preguntas. "Música clásica..." ¿pero será que la entiende? Al menos la oye, pero ni pelota (como decimos en la rutina del día-a-día). Pero ¿Por qué, entonces, no le interesa? Es que **no está motivada.** El músico (profesor) apela para los contras, lo que incomoda, lo que molesta, lo que hiere, lo que marca: las moscas. No le agradan pero, al igual que el amigo importuno del Evangelio, les da atención al menos para que se vayan (mueve el rabo).

Porque **nadie está motivado siempre.** Tenemos, como músicos atentos, propiciar estímulos creando condiciones físicas, psíquicas, sociales (ambientes). Y de ahí partir, o llegar, a lo que es más agradable, conocido, acariciado, familiar: el mugido de los terneritos. Y esta vez la vaca los imita.

El objetivo fue alcanzado no sin antes pasar por circunstancias menos agradables de desafíos, insistencias, búsqueda, visión clara de lo que quiero alcanzar.

El resultado ahí está.

Como vehículo, una música, una lámina, un texto.

Y la vaca que no era sorda; y el músico que no era bobo; y las moscas que no eran mansas; y los becerros que estaban ligados afectivamente a ella - todos en secuencia - hacen el milagro del texto. El momento es ahora y, lo imposible al principio, está ocurriendo.

(Pero la clase está acabando).

La lámina está casi prendiendo fuego - como los alumnos - y yo tengo que deshacer todas aquellas curvas organizadas en quilómetros que, durante una semana, me separarán de todas esas imágenes.

Al salir pido a mis alumnos que traigan algo de lo que pudieron sentir de estas mis "locuras pedagógicas".

¿Fácil o difícil?

Espero que la semana que viene pueda encender de nuevo el telón con otras imágenes, ahora por ellos traídas. Espero, al menos, que me permitan entrar en la sala número 2, URI, Fre-derico Westphalen.

(Caso contrario pasaré a formar parte del club de la "So-ciedad-de-los-poetas-muertos").